

CELOSIAS, CIERROS Y CANCELAS, título del artículo escrito por el ecijano Benito Mas y Prat, que fue publicado en *LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA*, del día 14 de Diciembre de 1882.

**Noviembre 2018
Ramón Freire Gálvez**

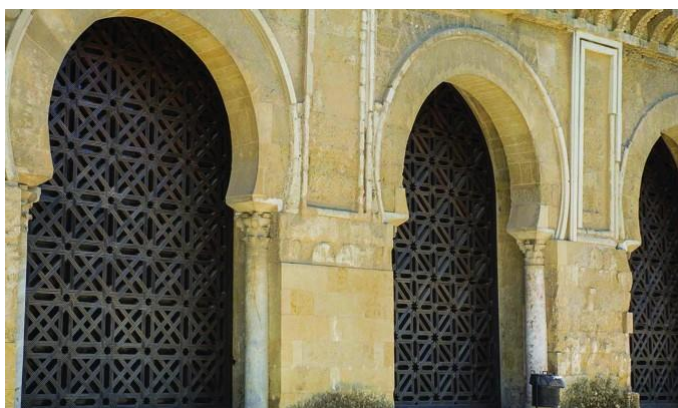
De la calidad literaria del ecijano Benito Mas y Prat no queda lugar para duda alguna, después de haber reproducido y leído detenidamente, todos y cada uno de los artículos que escribió en el siglo XIX y que fueron publicados, sobre todo, en *La Ilustración Artística de Barcelona* y en *La Ilustración Española y Americana de Madrid*.

Su catalogación por la crítica, de autor costumbrista, aparte de sus dotes poéticas y prosista, nos dejaron huellas de ser un vasto conocedor de las costumbres andalucistas, siendo el presente artículo, una muestra más de ello.

"CELOSIAS CIERROS Y CANCELAS.

I.

Las habitaciones andaluzas dejarían de estar en armonía con su cielo y con sus moradores si no tuvieran celosías, cierros y cancelas.



Los alarifes árabes y los maestros de Edad Media olvidaron la tradición oriental al contemplar nuestro horizonte, tan rico en luz y en matices, y, sin despreciar la claraboya romana, ni la elegante ventana griega, sembraron nuestros edificios de primorosas ojivas y delicados ajimeces.

Sólo en los barrios verdaderamente africanos, donde se albergó la decadente raza morisca y labró la hebrea sus nidos estrechos y oscuros como los de las aves de paso, se vieron esos muros ciegos y blanqueados que aun hoy llaman la atención de los viajeros en Ceylán y Palestina, y de los cuales conservamos

ejemplares raros en las casucas del Zacatín de Toledo ó del Albaicín de Granada.

Sin embargo, no por esto pudo la sultana andaluza presentarse á la luz del sol, como la dama del Norte, ni servirse de sus miradores para hacer gala de la riqueza de sus trajes ni de la esbeltez de sus formas; la celosía, traída con el ajimez, de Egipto, de Persia ó de la Mesopotamia, alzóse ante ella, como calado antemural, y la ocultó á los ojos de sus apasionados rondadores.



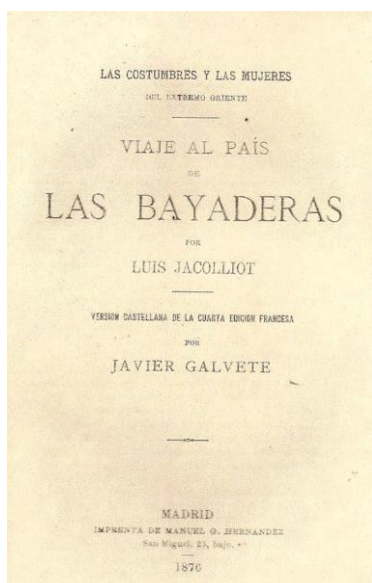
Esto había de acontecer lógicamente hasta la fusión provocada por la Reconquista. La vida doméstica de los orientales, desde los más remotos tiempos, no trasciende al exterior, ni permite abrir en las habitaciones esa multitud de bocas y de pupilas por donde pueden escaparse las lágrimas y las carcajadas.

"Las casas de Jerusalén, dice Ebers, que ha recorrido, hace pocos años, la Tierra Santa, como todas las habitaciones orientales, apenas tienen aberturas; en muchas de ellas hay tan sólo una puerta baja y estrecha, por donde no se puede entrar sin inclinarse, y la generalidad, si no todas, presentan las ventanas discretamente cerradas por *mucharabichs*, especie de celosía de madera, de un trabajo hábil y exquisito."

Jacollot, en su *Viaje al país de las Bayaderas*, escribe lo siguiente:

"Llegamos a una casa blanqueada con cal, estrecha y de techo plano, como las demás habitaciones del país, que tenía lo que no tienen las otras: muchas ventanitas al exterior; esto solo, en Oriente, anuncia á la mujer no encadenada por el hombre; a la mujer libre."

Y en efecto, así como el balcón gótico ó la gran ventana románica acusaban la presencia de la castellana, reina y señora del hogar, y objeto de veneración para el caballero cristiano, el muro triste y sin accidentes del asiático, y el tupido *mucharabich*, pregonaban, y pregonan en la actualidad, la existencia de la esclava sin jurisdicción y sin títulos; el peligroso juguete comprado para el placer y recatado por el miedo.



El *mucharabich* no es más que la ampliación del velo prescrito por Mahoma. Los egoísmos de la carne y el torcedor de la desconfianza labraron, bajo el cielo ardoroso del Oriente, esos importunos encajes, que aíslan y esterilizan para la armonía universal tesoros de indescriptibles encantos y mundos de formas esculturales. Traídos á España, perdieron una parte de su rigidez y de su exclusivismo; pero no dejaron por eso de influir en las costumbres de nuestros pueblos.

Los turcos, herederos de la tradición mahometana, conservan, con una pertinacia irritante para el europeo que los visita, el monopolio del velo y del *mucharabich*.

El año pasado publicaban todos los periódicos de España, bajo el epígrafe de *El Velo de las turcas*, el siguiente bando de policía, tomado del Stambuil de Constantinopla:

“Aunque la ley del Koran prescribe, como deber absoluto, á las mujeres turcas el cubrirse la faz con un velo, se ha notado por las autoridades que en sus paseos, en los bazares y demás sitios públicos, visten de una manera incompatible con los usos, la modestia y el pudor musulmán. Esta innovación, que las hace feas á los ojos de todo hombre honesto y virtuoso, no atrae sobre ellas más que miradas de repugnancia.



Esos trajes provocativos son contrarios a las prescripciones del Koran, así como á las órdenes y los deseos de S. M. I. el Sultán, nuestro soberano, protector de la religión y regenerador del honor y de la confianza. Así es que aun cuando nada pueda decirse á las mujeres que desean pasearse, será preciso proceder contra las que separen en lo más mínimo el velo prescrito por el Koran y el *pudor musulmán*, y las que, al frecuentar ciertos sitios públicos, den lugar á la persecución de los hombres. También serán castigados aquellos que se entreguen á estas galantes persecuciones, incompatibles con el Koran, los usos y la decencia.

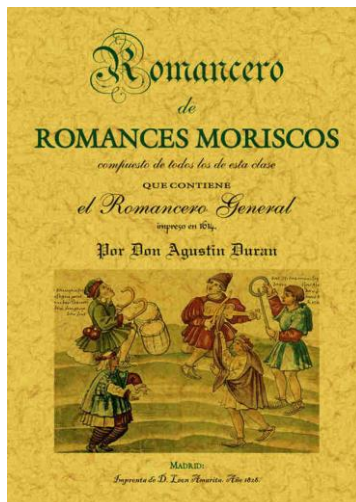
A estas dos categorías de delincuentes se les aplicarán las leyes y reglamentos, en conformidad á la comunicación del *cheik al islam* motivada por un decreto de S. M. I. el Sultán.

En cumplimiento de esta orden imperial, hacemos presente que las mujeres que usen en público los indicados trajes, ó lleven la cara descubierta, así como los hombres que persigan á las mujeres con fines deshonestos, serán castigados sin contemplación alguna.

Los agentes de policía han recibido las órdenes oportunas, y la presente notificación se publica para conocimiento de todos y con objeto de que nadie pueda alegar ignorancia."

II.

Un monumento literario, nuestro *Romancero morisco*, conserva en cada una de sus páginas el recuerdo de las celosías andaluzas, en el período dorado de la Reconquista, cuando los Tarfes, Sarracinos, Portavises, Venegas y Aliatares jugaban cañas en Gelves, corrían sortijas en Bib-Rambla, o hacían caracolear sus bien enjaezados corceles bajo los celados miradores de Zulemas y Lindarajas.



Aun cuando sabemos que las más de estas preciosas rimas se compusieron después de la conquista de Granada, retrátanse en ellas tan al vivo las costumbres de los árabes españoles, que habían bebido en las luchas con los

castellanos la galantería feudal ó germánica, que hay quien afirma que son fiel trasunto de aquellos tiempos.

En esta época se entreabre ya la celosía cautelosamente para dejar asomar la diminuta mano que arroja la llave, la cifra ó el sealeam simbólico; están las damas de pechos al ajimez, dejando ver sus hermosos bustos, o permanecen tras el *mucharabich* entornado, ocupándose en sus labores y distrayéndose hasta tal punto, que alguna de ellas, á semejanza de la que describe el *Romancero*,



Las damas, que el dulce sueño
Las tiene muy descuidadas,
Al ruido despiertan todas
Y acuden a sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello,
Preso de una mano blanca,
Cuál, por descuido, no cubre
Su blanco pecho y garganta.
De pechos y en pechos puesta,
A la ventana asomada,
Está tan bella una mora,
Que mil pechos abrasaba.
Quiso dibujar un lirio
En un secamo que hacía,
Y sobre el dibujo puso
Una rosa alejandrina.

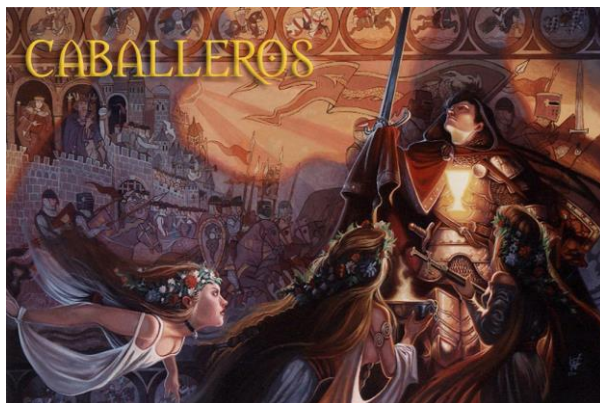
Los miradores, los balcones y las ventanas son ya objeto de predilección para los caballeros árabes que rondan la calle noche y día ganosos de alcanzar una mirada ó una sonrisa, y procuran vencer el rigor de la distancia, encomendando al jeroglífico del color ó del manojito de flores sus más secretos pensamientos.

Árabes y castellanos gustaban de pasear la calle á sus damas, caballeros en sus corceles; los fogosos brutos, acostumbrados á estos cotidianos ejercicios, se arrodillaban fácilmente bajo las celosías, ó tocaban con el belfo el pretal, dóciles á la mano que los regía y á los ojos que los contemplaban.

Las descripciones de estas zalemas amorosas son innumerables en el *Romancero*.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo, que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que, sin uso de razón,
A mi parecer, te avisa
De aquel venturoso tiempo
Que tú, desleal, olvidas.
Cuando *ruabas* mi calle
Midiendo de esquina a esquina
Con tus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
Viola salir al balcón
Haciendo los años breves,
Y arremetiendo al caballo.
Por ver el sol que amanece,
Procura que se arrodille
Y el suelo en su nombre bese.

Este galante modo de presentarse á la señora de sus pensamientos, propio de los paladines de la Tabla Redonda, delata claramente el tránsito de las costumbres moriscas en los últimos tiempos de la Reconquista, y es un dato precioso para el estudio de la España del siglo XVII. El moro andaluz cubre su vida licenciosa con un tinte externo de galantería, y sólo en el sagrado del harén, cuando escancia el vino ó se duerme al son de las guzlas de sus cantarinas, se muestra tal como fue o como había de volver a ser andando el tiempo.



Gomeles y zegríes esperan bajo los ajimeces á que apunte el alba ó asome la luna para contemplar á su amada, con la misma avidez que el galán de las comedias de capa y espada ó el majo del siglo pasado.

Por la calle de su dama
 Paseándose anda Zayde,
 Esperando que sea hora
 Que se asome, para hablarle.
 Desesperado anda el moro
 En ver que tanto se tarde,
 Que piensa con sólo verla
 Apacar el fuego en que arde.
 Viola salir al balcón,
 Más bella que cuando sale
 La luna en la oscura noche
 Y el sol en las tempestades.

Y no podía ser de otro modo; esta manera de galantear, que se perpetuó hasta nosotros, respondía á un extraño eclecticismo, fundado en los rigores del Corán y en las preeminencias de que gozaba la mujer española. La celosía, que no hubiera podido entreabrirse en Oriente sin que la mano que tal osara dejara de ser mutilada ó separada del brazo, llegó á convertirse en Andalucía en incentivo y pretexto; las moras asistían á las fiestas públicas, como las damas bizantinas al circo en la época de los verdes y azules, y los galantes moriscos adornaban sus armas con los anagramas de

sus amadas, llevaban al pecho las bandas bordadas por ellas, y ostentaban en bonetes, marlotas y almaizares los colores que les eran gratos.



El amor utilizaba ya entre los árabes españoles todas las añagazas del arte que Ovidio puso al alcance de los romanos; en las postrimerías de la Reconquista comienzan a vulgarizarse los presentes y las medianeras; se desgarran el velo, *protector del honor musulmán*; la balaustrada y el parteluz soportan de vez en cuando la escala de seda, y más de una mora tiene que decir

á su pretencioso amante:

Mira, Zayde, que te encargo
 Que no pases por mi calle.
 Ni hables con mis mujeres,

Ni con mis cautivos trates.
 Que eres pródigo de lengua,
 Y amargan tus libertades,
 Y habrá menester ponerte.
 Quien quisiere sustentarte.
 Un alcázar en el pecho
 Y en los labios un alcayde.

8

Habr  quien diga, a pesar de la autorizada opinión de Dur n y de otros colectores, que en los romances moriscos se trasparenta más de lo regular la mano del escritor de capa y espada, principalmente en aquellos en que se atilda la frase y se aguza el concepto hasta llegar al dominio del culteranismo anfibol gico; mas, aun pasando en cuenta esto, tengo para mí que hay en ellos mucho que no estar  bien bajo los mantos y capas que mandó cortar Esquilache, mucho que sólo cuadra al alquicel y al turbante.

8

Las analogías, en último caso, son numerosas, y podemos concertar las opiniones opuestas sin romper la unidad del conjunto; nuestras son las costumbres de los unos y de los otros, y legados nos fueron igualmente los bríos de Pelayo en la montaña y los sensuales caprichos de Alhamar.

Rondadores y pendencieros como los moriscos aparecen nuestros galanes del teatro antiguo; amigos de zambras y mujeres, como los Bordaiques y Andallas, son los Ma aras y Tenorios; y aficionadas   celosías, mantos y rebocillos se nos muestran las damas descritas por Calderón y Lope, seguidas de la indispensable dueña, como la mora de su esclava, y dedicadas al galanteo, como si nunca hubieran de ser esposas ni madres.



Ruiz de Alarcón, en *La Verdad sospechosa*, recuerda la antigua costumbre de rondar   caballo, en el diálogo siguiente:

BELTRAN: Esta tarde, con García,
 A caballo pasar 
 Vuestra calle.

JACINTA: Yo estaré
Detrás de esa celosía.

En otro lugar, uno de los personajes nos da cuenta de sus estrategias amorosas en estos versos:

Caso fue verla forzoso,
Viéndola, cegar de amores;
Pasé su calle de día,
Rondé su calle de noche;
Con terceros y papeles
Le encarecí mis pasiones,
Hasta que al fin, condolida
O enamorada, responde.
Porque también tiene amor
Jurisdicción en los dioses.



Háyase, sin embargo, patente progreso del arte de Nasón en el siglo XVII. Los caballeros desmontan cuando les place; las damas descienden de las alturas de sus miradores y celosías á las bajas rejas, y los diálogos amorosos se sostienen cuerpo á cuerpo y mano á mano, aun cuando son interrumpidos frecuentemente por los rivales del favorecido, que le suelen birlar el puesto á cuchilladas.

También se conceden definitivamente al balcón ciertas preeminencias vedadas á la ventana baja, á la que escota ya la celosía y resguarda aún la retorcida labor de hierro que no pudo romper Hernán Pérez. Vense apuntadas en los billetes amorosos de aquel tiempo. Ejemplo.

LUCRECIA DE LUNA A D. GARCÍA.

La fuerza de una ocasión me hace exceder del orden de mi estado. Sabrálo vuestra merced esta noche por un balcón que le enseñará el portador, con lo demás que no es para escrito.

(De *La Verdad sospechosa*, de Alarcón.)

Estas libertades y otras de más cuenta tenían su explicación en los fueros galantes de la época. Las damas dejaban la celosía y el mirador, y tomaban el manto ó el rebocillo, siendo en calles, retiros y alamedas

A los galanes, objeto;
A las hermosas, envidia;
A las discretas, silencio;
A los cariños, desdén;
A las porfías, desprecio;
A los méritos, descuido,
Y a los cuidados, trofeo.

10

Por eso no era extraño que las persiguiera, como hoy
persiguen á las turcas de Stambul, algún caballero

Principal y de buen pelo,
Abultado de persona,
Con el lenguaje y valona
Dos ó tres dedos del suelo.
El talle, un poco grosero;
Cintura, de tomo y lomo;
Lo que es el zapato, romo,
Pero aguileño el sombrero.
Con daga larga después,
Muy puesta a lo de Sevilla,
Cortos brahón y ropilla,
Y el ferreruelo a los pies.
Postura de hacer desdenes,
Crudeza de dar enojos,
El bigote hasta los ojos,
Y la oreja hasta las sienes.

10

De las tapadas habría tanto que hablar, que prefiero no
tocarlas al pelo de la ropa.

No te tapes la cara.
Niña bonita.
Que quien tapa lo bueno.
Dios se lo quita.

Dice un antiquísimo cantar andaluz:

Te perderás si te tapas,
Pues Dios buen rostro te da;
No te tapes, porque habrá
Al primer tapón zurrapas,
Decía Quevedo con su gracejo inimitable.

Por último, Rojas Zorrilla glosaba así en estilo culto los anteriores conceptos:

O sois fea o sois hermosa;
Si sois hermosa, se acierta
En cubrir cara tan cara;
Que no ha de andar vuestra cara
Con la cara descubierta.
Si fea, el taparos sea
Diligencia bien lograda,
Puesto que estando tapada,
Nadie sabrá si sois fea.

En suma, el bando de policía del sultán de Constantinopla hubiera venido como de perlas á las españolas de la corte de Felipe IV.

III.

Las celosías, las rejas, los velos y los rebocillos alcanzaron tal boga en Andalucía, desde la invasión sarracena, que aun hoy quedan vivas señales de su paso.



En Sevilla vese lo mismo el degenerado *mucharabich* en el histórico barrio de Santa Cruz, donde parece vagar aún la sombra de la judía Susana, que en el *clásico* barrio de San Bernardo, donde habitó Cuchares y nació *Currito*. El convento de monjas lo ostenta

en su campanario de espadaña, y los antiguos establecimientos que immortalizó Fígaro, el picaresco rapador, lo lucen en los quicios de sus estrechas puertas, como natural distintivo.

Extremado el uso de las rejas voladas en el siglo pasado, tomaron las celosías, como ellas, gigantescas proporciones, y cubrieron esos grandes espacios coronados por colosales monteras, que actualmente desecha nuestro gusto arquitectónico. Hay poblaciones cuyas ventanas bajas son verdaderos kioscos adosados al muro; entre éstas se cuenta Jerez de la Frontera, que las tiene tales, que pudieran servir de cómoda hornacina al Moisés de Miguel Ángel.

El más exquisito cuidado ha presidido á la construcción de esos característicos huecos, que hoy son meros accidentes del muro, y que, en lo antiguo, eran como la taza de plata de las doncellas de la casa. Los hay con vanos ó entrantes laterales para prolongar los ventanillos y hacer cómoda la estancia del galán, que ha de permanecer de pié muchas horas, según la costumbre romancesca; los hay con celosías bajas y escotadas, que permiten á la novia asomar su artística cabeza, dejando el busto envuelto en tules de pino de Flandes; los hay, en fin, con rejas anchas y cómodas para servir de reclinatorio á ambos amantes y permitirles la despedida de Fausto y Margarita, á la luz de la luna y bajo los cortinajes del cielo.

En ventanas altas y bajas suele hacerse el amor á la antigua, no siendo extraño ver á un galán de chaqueta corta parar su corcel bajo las celosías de su *flamenca* u obligarle a caracolear y besar la tierra; pero el verdadero destino de las rejas, que se hallan al alcance de la mano, en Andalucía, es *la pela de pavas* frase misteriosa y problemática, con la que se conocen esas entrevistas nocturnas que la niña andaluza concede á cualquier cristiano que tiene la fortuna de flecharla.



La simbólica *pela* es una operación difícilísima para el profano; una especie de iniciación en los misterios de Eros, que se vedó, en lo antiguo, á todo el que no supo usar la capa y la espada, y que suele ser difícil en el presente al que no sabe llevar el hongo y la *torera* de fino paño.

Esto es fácil de demostrar; hallándose el galán á cielo abierto por todos lados, supuesto que tiene sobre la cabeza las estrellas, y, ante los ojos, ojos andaluces; interceptando frecuentemente el paso de la acera y dando envidia á los mozos del barrio, si por dicha la novia es bella y codiciada, claro es que han de multiplicarse los encuentros durante las largas horas de guardia, y que debe de

metamorfosearse el favorecido en un nuevo Suero de Quiñones, para poder sostener con brío el paso honroso.

Durante los dos últimos siglos, estos pasos eran más difíciles de defender que el del sepulcro de San Yago. La continua rivalidad de los galanes y la desenvoltura de las damas traían á orza, á rondas, mediadoras y bravucones, y todo caballero rondador tenía la seguridad de habérselas con embozados espadachines y engendros de la noche.

Nada más español que esas luchas nocturnas al pie del *mucharabich*, motivadas muchas veces por el más sencillo intento, y que tan al vivo se retratan en nuestras comedias:

Señora, si sois piadosa.
Escondedme, si podéis.
Debajo del guardainfante,
Si no hay otra parte en qué.
Diez alguaciles me siguen,
Y escribanos más de seis,
Y aunque yo no he hecho causa.
Ellos la sabrán hacer.
A un hombre ha muerto en la calle
Mi señor, y otro con él,
A seis valientes de á cuatro
Dieron heridas de á diez.
No puedo contaros nada.
Porque estoy tal, por mi fe.
Que me iré por esta parte,
Y aun por las demás me iré.

Entre estos encuentros, hoy relegados á la escena, es el más estético, si se me permite la frase, el producido por las serenatas, degeneración ó ampliación de la costumbre feudal de las trovas al aire libre, que nos transmitió la Provenza con las lenguas romances.

Para halagar á las ninfas y amansar á las fieras se inventaron los instrumentos músicos, decía cierto amigo mío, que nunca pudo ver con tranquilidad un hombre sentado al piano, aun cuando se llamara Litz ó Rubinstein; esto mismo debieron de pensar los contemporáneos de Fígaro, á juzgar por su afición á pulsar la

vihuela bajo las celosías de sus damas y á regalar sus insomnios con verdaderas lluvias de rasqueos.

Cuando el galán, como ocurría frecuentemente, no contaba con una voz de ruiñón ni con unos dedos de Barbero de Sevilla, acudía presuroso á los estudiantes de la tuna, que solían alquilarse como las plañideras, ó buscaba cuatro vihuelistas de fama, en las mismas covachas en donde solían copiarle sus epístolas amorosas.



Presto tomaban plaza en las oscuras callejas aquellos hijos de Anfiori, que procuraban hacer subir hasta el camarín de la hermosa los

coros angélicos y las músicas celestiales de a diez maravedíes por minuto; incontinenti temblaban las bracaes, crujían los ventanillos, y aparecían tras las celosías trasgos envueltos en sábanas, ó dueñas desgredadas, como las brujas de Valpurgis. Y mientras por un extremo asomaban los hachones de la servidumbre de un señor principal, y por otra menudeaban los cintarazos y saltaban las cuerdas y los diapasones, aparecían las candilejas en los miradores, como sí Satanás los iluminara diabólicamente, y se signaban y persignaban las estantiguas tras las maderas.

Acaso estas escaramuzas nocturnas, que tan del agrado de los trasnochadores fueron en todo tiempo, dieron origen á la extravagante costumbre de *cobrar el piso*, tan en boga á principios del siglo, y que aun hoy se conserva en los pequeños pueblos comarcanos.

La primera noche que un novio logra que su novia salga á la reja, los mozos del pueblo se reúnen con el propósito de que pague el *piso* donde asienta sus reales amorosos. Este original tributo se suele cobrar en especie, mejor dicho, en líquido de la tierra, blanco ó añejo.

Si el mozo es *guapo*, ó, lo que es lo mismo, de *armas tomar*, se niega a la petición y *juega el albur*, es decir, se las mantiene, recordando que mío Cid:

Lidió con quince en Zamora

Y á los quince los venció;

Pero si, como de ordinario acontece, la prudencia le hace dudar de la victoria, y la bolsa no se opone á las franquicias concedidas por el tabernero de enfrente, el novio accede gustoso á la petición, y compra el derecho de ocupar la acera por unos cuantos comodines, medios ó chatos.

Aun en este caso suelen ocurrir trágicas complicaciones. Entre los que cobran puede hallarse algún rival despechado, y como las frases se enredan, á veces, como las cerezas, y tras el vaso viene la puya, y tras la puya la provocación, y tras la provocación la puñalada, no es extraño que, más de una vez, mueran en flor las esperanzas de los amantes.

15

Por eso se ven aún en nuestras aldeas, y se veían aún en nuestras cultas poblaciones, á fines del siglo, negros calvarios junto a celosías pintadas de verde.

Detalle pictórico indispensable para el fondo de un cuadro de chupa y montera, ó de calañés y chaqueta jerezana.

VI

(Nota del transcriptor: En la imprenta, al publicar el artículo, se consigna este apartado con el numero romano VI, cuando en realidad le correspondía el IV).

No hay que decir que el *mucharabich*, al descender al nivel de la acera, al escotarse, al perder esa inflexibilidad y tirantez que le distinguen en el cuartel de los coptos del Cairo, en la Vía Dolorosa de Jerusalén y en los harenes de Constantinopla, había de sufrir innumerables variantes.



Después de adornar las ventanas voladas de toda España, de dar al Albaicín, al Zocodover y al barrio de Santa Cruz ese aspecto original y propio que aun hoy admira á los artistas; de combinarse en el locutorio y el campanario, y de ser el perpetuo compañero de la reja andaluza, le fue preciso acomodarse a las exigencias de la moda, reducirse á la más mínima expresión, metamorfosearse al fin como el antiguo velo al topar con el clásico sombrerillo francés y la picaresca mantilla.

Bastardeado al cabo, se ha extendido por Europa, embelleciendo hoteles y *chalets*, y dando á las niñas andaluzas anchos marcos en que mostrar sus líneas esculturales; mas no es ya

el calado *mucharabich* que protegió la celda de Aldonza Coronel y el ajimez de Zorayda; no es la protectora celosía por donde atisbo Fígaro lo que había de contar al primer parroquiano que le entregara la barba; roto el misterio, profanado el altar, puesto de manifiesto el tesoro, la misión del cómodo mueble asiático había concluido para siempre.



Murió, para no resucitar, en los grandes centros del Mediodía de Europa.

Hijos del *mucharabich* oriental son la moderna persiana y el elegante cierro. De la primera nada hay que hablar; es un *mucharabich* vergonzante e incompleto, que, extraño á su tradición, se alza ó cae á lo largo del hueco que cubre con cortesana complacencia; del segundo, puedo decir que es el más poético ornato de las habitaciones andaluzas.

Quitad á los miradores del Cairo o de Siria la parte media de sus voladas cubiertas, y sustituidlas por cristales diestramente cortados y hábilmente dispuestos, y tendréis el cierro de Andalucía; separad los cristales de nuestros cierros, y encajad en la propia armazón las caladas maderas con que se ensamblan los *mucharabich* en Oriente, y tendréis las antiguas celosías voladas de la época de los africanos.

Esto he podido comprobarlo comparando dos curiosas fotografías que representaban respectivamente calles del Cairo y de Sevilla; la carencia de luz, propia de las imágenes fotográficas, haciendo perder la huella del cristal, al menos aparentemente, daba á ambas perspectivas increíble semejanza. Vistas en fotografía una calle adornada de *mucharabichs* y otra plagada de cierros, son exactamente lo mismo.

Pero, en realidad, el *mucharabich* y el cierro de cristales se nos muestran como una constante desviación; representan casi un opuesto; son la luz y el crepúsculo, el Occidente y el Oriente, que se encuentran y se separan.

Si el *mucharabich* recoge y mata el sol, el cierro lo aviva y refleja; si el uno cubre la diosa y el camarín, el otro descubre la virgen y el santuario; si aquél recata el voluptuoso lecho oriental, éste deja ver el casto tálamo cristiano.



Todo el que haya recorrido las calles de Sevilla habrá podido ver los alegres cierros que las decoran. Sus caprichosas formas, sus bonitas molduras, sus cristales de colores, reálzanse con multitud de accesorios, que les prestan indefinible encanto.

En unos, macetas en forma de lámparas bizantinas penden de sus monteras por la parte interior y dejan ver, entre muselinas, lluvias y lágrimas de flores; en otros, plátanos, que arraigan en colosales tiestos, se enseñorean de aquellas áureas estufas y cobijan bajo sus abanicos de hojas las juveniles cabezas de las niñas de la casa; en éste se confabulan visillos y cortinajes para hacer que la fantasía dé cuerpo real á las movibles sombras que se dibujan sobre los cristales durante la noche; en aquel, derrama el sol poniente sus cascadas de luces, que se descomponen en remates y azulejos, y se distingue la jaula pintada, donde trina el canario ó lanza la cotorra sus burlonas carcajadas, moviéndose de un lado á otro y sacudiendo su matizado plumaje.

Los turistas se quedan extáticos bajo nuestros cierros; estos nidos cubiertos de cristal, de flores y de ricas telas en donde todo es trasparente y luminoso, en donde todo seduce y deslumbra, solicitan su atención con más fuerza que los kioscos turcos y los *verandahs* de la India. La región donde el sol nace tiene menos esplendores; esto se explica por la personalidad mitológica del astro del día. El rubio Apolo es ya aquí adulto.

En las tardes de primavera, las jóvenes andaluzas ocupan esos brillantes escaparates de cristal, presentándose de frente y de perfil, de busto y de cuerpo entero, en toda la plenitud de sus gracias. Vislúmbrense ebúrneas gargantas, brazos desnudos, piececillos como los que inspiraron á Tibulo, manos diminutas, y rodetes cuajados de flores.

La vista de los galanes llega á estos tesoros, como el rayo del sol pasando por el cristal sin romperlo ni mancharlo. Hay que advertir, sin embargo, que, la mayor parte de las veces, las inofensivas láminas del cierro se truecan en destructores espejos ustorios.

Entonces el cierro vuelve á tomar el oficio de celosía; la hermosa corre las cortinas ó entorna las maderas; el misterio se hace; giran sobre sus dorados goznes las puertas del cielo, y empieza *Cristo a padecer*, como suele decirse.

Para estos casos está la cancela.

Y ¿qué es la cancela? dirán mis lectores. Pues la cancela es pura y simplemente una variante de la celosía y del cierro, del *mucharabich* y de la reja; *un mundo mejor*, como diría Flammarion, si tuviera que *pelar la pava* con alguna hermosa de la tierra de María Santísima.



Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores,
Trasparente cortinaje
O leve sutil celaje,

Son para unos amadores.

Así la describía el inspirado poeta, que antes había dicho:

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad
Que del Betis en la orilla.
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad.
La primorosa cancela
Que el patio y portal divide,
Y es transparente cautela
Que contra importunes vela
Y que la vista no impide.

Y así es la verdad. La cancela divide el portal del patio, que, como todos saben, recuerda en Andalucía al aula antigua, y puede reputarse como *red de hierro artera que se atraviesa sin piedad entre los amantes*.

Amén de otras cosas que vio y oyó, por dentro y por fuera, el Excmo. Sr. D. Ángel de Saavedra, duque de Rivas.

No me causa rubor el confesar que el ilustre bardo ha apurado la letra al describir las cancelas de Sevilla, y no ha dejado á mi humilde pluma el más ligero detalle. Presintiendo á Zola, después de hablarnos de la joven que cruza el patio como una silfa; de las almas que se prenden á una y otra parte de la fina labor de hierro; de los grupos, sin forma, que se detienen en la acera; del santo óleo; del animero, y de los cántaros del agua, recuerda *el gazpacho y la ensalada andaluza*.

Bucólico *pendant*, como ahora se dice, de esta preciosa quintilla:

Y allá en sombras misteriosas.
En el último confín,
Un fresco, oscuro jardín.
Donde estrellas olorosas
Son las flores de un jazmín.

La invención de la cancela no se debe, como oportunamente indica el laureado autor de D. Álvaro, á ningún ladrón:

...un ladrón

No pudo inventar tal cosa.

Es más; aunque pudiera decirse con algún fundamento que los hebreos las usaron por primera vez en la época del rey D. Pedro, para dar luz á sus ciegas y estrechas viviendas, esto no desvirtuaría en nada el dicho del Duque poeta. Samuel Levi, por ejemplo, no tuvo de ladrón más que *el hábito de abrir las arcas Reales*.

Las primitivas cancelas eran de madera calada, y aun hoy, se conservan algunas de esa especie. Esta particularidad acusa su derivación. En algunos pueblos de Andalucía llaman cancelas á los cierros de cristales.

Hablar de la cancela es hablar del patio, como puede verse en las geniales quintillas citadas. El patio en Sevilla es, durante el verano, el estrado de la casa. En él se reciben las visitas, se canta, se baila, se toca el piano, se reúne el concilio de murmuradores, y aun se ofrecen representaciones teatrales; que dejan en mantillas á las farsas de Lope de Rueda en los carros del Corpus.



Con razón pudo afirmar el autor de la poesía *La Cancela* que todo ello, contemplado desde la calle, á la luz de las lámparas, tras los labrados hierros y entre el laberinto de hojas que cercan las fuentes del centro, es un verdadero cuadro de *hechicería*.

Los rumores del wals, ó de la polka; el sonsonete de las peteneras; los melosos acentos del aria italiana, halagan simultáneamente el oído y contribuyen á hacer fantasmagóricas las figuras que se retratan en los espejos fronteros. Salvando la cancela, el espectáculo nada pierde de su mágico esplendor. La montera de cristal ó la discreta vela de lona se cierra sobre nuestras cabezas; las esteras y las mecederas refrescan ó aduermen; las altas columnas y los elevados

arcos rompen por todos lados el extenso paralelogramo, y brindan al sevillano sus frescas habitaciones, abiertas, al modo griego, en torno del aula.

Interminable sería la tarea de relatar cómo transcurren las horas en el patio, y no he de emprenderla, supuesto que sólo me toca justificar lo arriba indicado. Baste decir que en su alegre recinto se agrupa la familia, y en sus labradas cancelas se pela la pava. Celosías, cierros y cancelas, allá se ven cuando en la Giralda tocan á Gloria; era lo que me proponía probar al hacer este croquis, y no sé si habré logrado dar cima á mi pecadora empresa.

De todos modos, séame permitido echar la persiana al llegar á este punto.

BENITO MAS Y PRAT.

Octubre de 1883.”

¿Se puede ser más explícito, sobre todo para los que no conocen las viviendas y patios de Andalucía? Porque nosotros, los que tenemos la dicha de seguir viviendo en esta tierra de María Santísima, conocemos perfectamente lo que nos contó en el artículo aportado, nuestro paisano Mas y Prat, aunque muchos no hayamos tenido la dicha de vivir en casas que tuvieran cierros, celosías y rejas.

Una vez que hayamos leído este artículo (no olvidemos, escrito en Octubre de 1883) y paseemos por alguna de las hermosas y famosas calles de nuestra ciudad, y veamos algún cierro, alguna celosía o una cancela, nos puede venir a la imaginación sin quererlo, la bella imagen de una mujer ecijana, detrás de ellos, esperando la llegada del caballero que le llena su corazón de amor, y para eso, Écija tiene calles, casas palaciegas y guapas mujeres, de sobra.